

MIRANDO HACIA ADELANTE

Versión editada del discurso del Ministro de Obras Públicas, Sr. Ricardo Lagos, en la ENADE 96

Junto con agradecer la invitación, quiero felicitarlos por el tema elegido. Los organizadores han buscado incorporar en las deliberaciones de ENADE una mirada más larga -como se ha dicho, más allá de la contingencia y de la coyuntura- y que nos permita tener una visión de cómo entendemos que se plasmará el futuro de Chile en los próximos quince o veinte años. Hoy estamos más cerca del año 2010, que es el momento que la República cumplirá doscientos años, que del año 1973, cuando la República se desencontró. Por ello bienvenida sea esta mirada al futuro, a las tareas que tenemos por delante y sobre las que necesitamos un acuerdo nacional.

La situación actual

Conviene partir por comprobar que hay temas que hoy en Chile no discutimos, que están fuera de la agenda. No discutimos cómo frenamos la inflación o cómo hacemos para crecer; sí, tal vez, cómo crecemos más. Tampoco discutimos cómo reducimos el déficit fiscal o el déficit de la balanza de pagos. Estos eran los grandes temas del debate económico de hace veinte o cuarenta años. Yo creo que a fines de este siglo hemos llegado a un consenso, tanto político como técnico, sobre lo indispensable que son los equilibrios macroeconómicos como requisito del crecimiento sostenido. Vemos como en Maastricht los criterios de base reflejan que, más allá del signo político del gobierno de turno, las distintas sociedades europeas han aceptado un conjunto de normas y equilibrios para avanzar con éxito a los desafíos del próximo siglo. Entre nosotros todos tenemos claro que el control de la inflación no sólo es compatible con el crecimiento, sino que es un elemento básico para seguir creciendo. En el campo laboral ello se traduce en que el incremento de salarios reales sólo podrá estar relacionado con

avances en la productividad. También concordamos en que se requiere un crecimiento sostenido a partir de un equilibrio sano y de una política responsable en el ámbito fiscal. En último término el crecimiento está ligado al esfuerzo de inversión, tanto en capital físico como en capital humano. Y este esfuerzo en inversión tenemos que ser capaces de financiarlo, en lo fundamental, con fuentes de ahorro domésticas.

En estos frentes hemos hecho bien las cosas y nos hemos ganado el derecho a mirar el futuro con una perspectiva de diez o quince años. Al respecto, hoy existen dos conceptos profundamente establecidos en la sociedad chilena. En lo político, que la democracia es un valor permanente que no sólo no entraba el crecimiento y el desarrollo sino que, por el contrario, los potencia en un mundo donde el sistema democrático adquiere cada vez más legitimidad y tiende a transformarse en el sentido común de la humanidad. En un mundo en el que conviven y compiten países, la democracia es un factor irrenunciable para una inserción exitosa y respetable en la comunidad internacional. El segundo consenso, es que en lo económico el mercado tiene un rol fundamental asignando recursos. La libre formación de precios -y su natural extensión, la apertura al comercio internacional- al interior de mercados competitivos garantiza que el esfuerzo de inversión e innovación tenga sus mejores resultados.

Creo que a partir de estos elementos podemos construir todos juntos. Como ya dijeron Boeninger y Buchi en este panel, la historia nos enseña que hay momentos especiales, y creo que Chile está en un período especial. Nuestra sociedad ha hecho esfuerzos gigantescos. Hubo que pagar costos muy altos: empresarios que tuvieron que ajustarse a una economía que se abrió al mundo; trabajadores que en un momento vieron que un conjunto de conquistas sociales desaparecieron. Pero hoy podemos estar orgullosos

de muchos logros. Tenemos crecimiento, elecciones y libertad. ¡Y eso no es menor!

No obstante lo que a veces se dice, Chile sigue estando a la vanguardia en diversos temas en América Latina. Esto, que es bueno, le da una especificidad a nuestros problemas; tenemos que discurrir sobre situaciones relativamente inéditas. Creo que de aquí en adelante, serán menos realistas muchos consejos y orientaciones que en el pasado fueron útiles, ya que las condiciones cambian y debemos reconocer las nuevas y actuar sobre ellas. Hoy día podemos y debemos dibujar orientaciones actualizadas para un Chile cuyo pasado se aleja a gran velocidad. Yo pondría una sola exigencia para ello: que cualquier programa o planteamiento para el futuro tiene que tener como criterio y como test de la blancura el que nada de lo que hagamos pueda poner en peligro el crecimiento, aumentar la inflación o disminuir la responsabilidad fiscal. Es a partir de la mantención de esas disciplinas que podemos avanzar; y si se modificaran aquellos elementos entonces, a la larga, habríamos avanzado con pies de barro. Esto no ha sucedido, ni sucederá con los gobiernos de la Concertación.

Cada día ante nuestros ojos se desdibujan antiguas certezas y pierden eficacia las maneras tradicionales de hacer las cosas. Miramos, a veces con inquietud, como en el mundo sin fronteras en el que vivimos surgen nuevas modalidades productivas y de organización. Ellas nos afectarán inevitablemente y van a moldear el país en el que van a vivir nuestros hijos. Pero de la lucidez y del coraje que nosotros tengamos hoy depende que estos desafíos se transformen en oportunidades y que éstas se hagan realidad.

Creo que el secreto está en la capacidad de adaptación, en la flexibilidad de nuestras políticas, nuestros hábitos y nuestras instituciones. Quiero referirme a tres temas que los chilenos tenemos que abordar en los próximos quince años: el logro de una creciente

igualdad de oportunidades; asegurar más crecimiento en las nuevas condiciones de la economía; y mejorar nuestra inserción internacional, a partir de nuestra localización geográfica.

Creciente igualdad de oportunidades

Lograr una creciente igualdad de oportunidades es un imperativo ético y también un imperativo de carácter productivo, ya que no existen sociedades que compiten con éxito en el mundo si no son integradas y homogéneas, con avances similares en los distintos estratos, y sin sectores rezagados de baja productividad. Porque, a la larga, las sociedades heterogéneas se vuelven conflictivas y el conflicto social impide una competencia eficaz. Fukuyama nos dice que las sociedades exitosas son las que han logrado generar niveles de confianza, expresados a nivel de las familias y de organizaciones sociales. Esta confianza potencia el capital de cooperación social, así como las formas en que se hace la ligación social y el cemento que aglutina las distintas capas del país.

Y aquí creo que tenemos que reconocer que si bien hemos avanzado, en los próximos años debemos apurar el paso. Hay sensaciones de desigualdad en la educación; en la educación superior, por ejemplo, el acceso es diferenciado en Chile. Como sabemos, la educación fue el elemento esencial de movilidad social en nuestra sociedad en los primeros cuarenta años de este siglo. Y cuando como Ministro de Educación, escucho a un joven de Cerro Navia que me dice ¡la Prueba de Aptitud Académica no es para nosotros porque en mi liceo nunca nadie ha llegado a la universidad!, ese joven me está cuestionando el sistema educacional en su integridad. La calidad educacional no

puede ser sólo una frase: ella tiene que permitirle a ese joven tener la sensación de que él también puede.

Algo similar ocurre en salud. Es difícil vivir en una sociedad en la que se perciben dos sistemas separados de salud, con atenciones distintas. En buena hora que haya un excelente sistema privado; pero a aquellos que no están en condiciones de ingresar a él, de alguna manera la sociedad tiene que entregarles salud para que sea posible esa sensación de confianza y homogeneidad.

Otras distorsiones inhiben una creciente igualdad de oportunidades entre nosotros: hay una excesiva heterogeneidad productiva por sectores; hay posibilidades disminuidas de negociación y participación de los asalariados en las empresas; hay un sesgo contrario al aumento de la cantidad y calidad de trabajo femenino; nuestros esfuerzos en investigación y desarrollo son insuficientes. Estas situaciones y otras, traban un desarrollo económico y social efectivamente nacional, esto es, incluyente. Creo sinceramente que atender estos temas es esencial para poder dar los pasos que ahora nos permitan tener una sociedad más competitiva.

Nueva forma de crecimiento

Necesitamos seguir creciendo a tasas iguales o superiores a las actuales, pero pienso que Chile enfrenta un cambio importante en la forma en como va a seguir creciendo. Durante la segunda mitad de los años ochenta el crecimiento se vio favorecido por mejoras importantes en los términos de intercambio y por alzas significativas en el tipo de cambio que mejoraron la competitividad del precio de las exportaciones. Y si bien

en ese período la inversión aumentó, el crecimiento consistió básicamente en recuperar la capacidad productiva en desuso, con una brecha considerable entre el producto efectivo y el potencial. En los últimos años de los ochenta el tipo de cambio real subió constantemente, como resultado de la brecha externa que correspondía atender.

Es distinto lo que sucede en los noventa, ya que al coparse la capacidad productiva más fácilmente incorporable, incluyendo una reducción drástica en el desempleo, el crecimiento ha debido fundamentarse más en esfuerzos de inversión y en ganancias en productividad y eficiencia. Esta situación se refleja inevitablemente en la trayectoria del cambio real, el que ha comenzado a caer en forma suave pero constante, reflejando el diferencial entre el crecimiento de la productividad del país y del resto del mundo. Por lo tanto, más allá de cuestiones coyunturales de manejo, la caída del tipo de cambio real es una señal de que vamos progresando. Pero, al mismo tiempo ella nos obliga a plantearnos la necesidad de mantener y profundizar los aumentos de productividad: este es un elemento determinante de la sustentabilidad del proceso de crecimiento de la economía.

Debemos ganar productividad en todos los sectores; reducir la heterogeneidad productiva interna entre sectores y entre empresas de tamaño diverso; y cerrar la brecha de productividad a nivel internacional, ya que la media por ocupado equivale apenas a un tercio de la de Estados Unidos. Para aumentar la productividad debemos preocuparnos de la adquisición, generación y difusión de tecnologías; aumentar los esfuerzos en investigación y desarrollo de las empresas; mejorar el sistema educacional, mejorar la cobertura y pertinencia de las actividades de capacitación; y afianzar las redes de instituciones orientadas a la innovación. Como ustedes saben, en

todos estos campos tenemos marcados rezagos en nuestra competitividad y así lo confirman los informes internacionales especializados, como el *Informe Mundial de Competitividad*. Nuestra competitividad en la economía mundial dependerá del precio de nuestros productos, pero el éxito estará dado por el funcionamiento del país, incluyendo la infraestructura científica y tecnológica, la calidad del aparato del Estado y la calidad de las relaciones laborales. También debemos hacer posible la incorporación creciente de la mujer en el mercado laboral, ya que ésta es una fuente de recursos humanos para estimular el crecimiento.

Para mantener el crecimiento en el futuro también deberemos integrar mejor los temas distributivos con los económicos. Ello significa una política social, que además de su especificidad, promueva la eficiencia y contribuya al crecimiento, y una política económica que junto a crecimiento estabilidad y competitividad, se preocupe por el impacto distributivo. Y, en ambos casos, tendremos que evaluar el desempeño de las políticas e instrumentos de modo sistemático.

En las nuevas condiciones del crecimiento estoy convencido que es clave la armonización de lo privado con lo público. El sector privado, huelga decirlo, es insustituible en términos de creatividad, dinamismo, capacidad de trabajo, audacia y toma de riesgos. Pero el Estado tiene que facilitar un ambiente donde se generen esas capacidades en todo su potencial y en el que exista transparencia en los deberes y en los derechos de todos. La reforma del aparato del Estado es esencial: nadie quiere más Estado; lo que queremos es un Estado eficiente, con niveles de flexibilidad que hoy día muchas veces no tenemos. Quiero poner un ejemplo muy directo; ¿qué sentido tiene una planta administrativa en un Ministerio de Obras Públicas, si lo esencial del ministerio es

invertir? ¿Se justifica la misma planta cuando invertimos 100, 200 o 500? Por cierto que no. Entonces, ¿cómo aseguramos la necesaria flexibilidad?, ¿cómo introducimos medición y eficiencia?

La complementariedad de los ámbitos público y privado es un proceso que requiere imaginación y creatividad. Lo que hemos avanzado en concesiones en obras públicas, no es porque teníamos una receta -que por cierto no la teníamos- sino porque tuvimos la capacidad de generar instancias de trabajo conjunto en donde los errores nuestros fueron enmendados por los privados, y los errores de los privados a veces fueron enmendados por nosotros. Creo que no hay otra forma real de abordar el vacío entre lo público y lo privado.

Ubicación de Chile

Como señala Braudel, la civilización es un espacio donde existen ventajas dadas o adquiridas. En la historia del mundo la ubicación geográfica es parte del capital de las naciones, y Chile desde siempre se desarrolló como una isla lejos del mundo. Los espacios se han ido redefiniendo, desde el fluvial de Egipto Antiguo, al mediterráneo de Grecia y Roma. En la Europa medieval y en cambio hacia la era moderna es Venecia la que atrapa la oportunidad. El centro de gravedad se sitúa un instante en Lisboa y después en Sevilla, o entre Sevilla y Amberes. Posteriormente se instaura la supremacía mercantil de Amsterdam hasta los primeros años del siglo XVIII y después la de Londres. En el presente siglo lo que explica el gran crecimiento es el comercio internacional, el que se genera en el Atlántico Norte entre Estados Unidos y Europa. Chile es un observador de esto, mira de lejos . Pero hoy, por primera vez el mundo se desplaza hacia el Pacífico;

por primera vez las economías de más rápido crecimiento son las del sudeste asiático. Probablemente en el próximo siglo el crecimiento de la economía mundial va a estar determinado por lo que ocurra en el Pacífico; de pronto Chile se encuentra en la primera fila en la platea de la historia. Tenemos que estar en condiciones de aprovechar esta oportunidad; Chile debe ser la Venecia que mira al Pacífico y que aprovecha el comercio desde el sudeste asiático a los países del Atlántico.

Eso implica una forma distinta de ocupar nuestro espacio y los consiguientes desafíos de infraestructura; debemos tener puertos como corresponde y en Chile debe estar uno de los catorce grandes puertos que van a haber en el siglo XXI (y no serán más, el resto serán simplemente puertos de distribución de zonas nacionales). Eso implica gran calado, supone corredores oceánicos, significa generar infraestructura con una decisión común de país. Pensaba sobre lo anterior cuando visité el puerto de Rotterdam, por donde entra a Europa el 60% de la fruta chilena. Estoy seguro que nuestros amigos holandeses obtienen mayores utilidades que nosotros con nuestra fruta, mediante la comercialización, distribución, seguros, estableciendo los precios y el transporte para distribuir la fruta.

Estos cambios se harán en democracia

Quiero concluir refiriéndome a cómo hacemos lo que hay que hacer. Todo lo anterior, si lo hacemos, lo vamos a hacer en democracia y no de otro modo. Las nostalgias o los desvaríos están fuera de lugar: cada vez nos parecemos más y no menos a los países civilizados también en este aspecto. En el horizonte temporal del que estamos hablando sólo tendrán lugar las modalidades democráticas de articulación y puesta en práctica de las políticas públicas.

Así Chile lo hizo en el pasado. Hubo temas respecto de los que generamos políticas de Estado más allá de los gobiernos de turno y donde tuvimos una capacidad de abrir espacios y de generar una participación distinta. ¿Cuales son las condiciones de hoy para lograrlo? Creo que el Presidente Frei no da una pista definitiva en su libro que entregara a los participantes en la reciente Cumbre Iberoamericana. Se requiere, dice, ver a la gobernabilidad más como un requisito de éxito de la democracia que como una de sus restricciones; el problema no son los desacuerdos, sino la incapacidad para procesarlos y articularlos. La clave es buscar los grandes acuerdos desde la configuración de los programas de gobierno y no enfrentar los problemas de gobernabilidad recién cuando se llega al gobierno. En definitiva la gobernabilidad está determinada por sociedades con un grado de integración social y de homogeneidad; por sociedades que tienen un sentido común articulador de nación, y por sociedades que creen que es posible seguir avanzando y donde ese avance llega a todos los sectores.

Amigos y amigas, como muy bien recordaba Hernán Buchi esta tarde, Chile ha tenido en su historia otros momentos parecidos a éste. A finales del siglo pasado veníamos de triunfar en una guerra, teníamos una larga experiencia democrática, un crecimiento sostenido. Los que saben de estos temas dicen que teníamos un ingreso per cápita superior al de Suecia. Todo estaba dado y el desarrollo se frustró, como estudió Aníbal Pinto en su libro magistral. No quisiéramos pensar en este camino por recorrer sin preocuparnos de evitar que otra vez se frustré nuestro desarrollo. Si todos unimos nuestras reflexiones y esfuerzos en torno a estos desafíos, entonces creo que ahora sí tendremos un país distinto y los chilenos comenzaremos un Bicentenario en una sociedad diferente y mejor.